Este drama está aprobado por la censura vigente en 13 de setiembre de 1857.

LAS GARRAS DEL DIABLO.

FARSA CÓMICO-LÍRICA, EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

D. ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Música del Maestro

DON JOSÉ ROGEL.

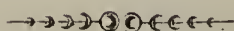
Representada con estraordinario aplauso por primera vez, en el teatro de Tirso de Molina la noche, del 3 de Noviembre de 1856.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Noviembre 1856.

PERSONAGES.	ACTORES.
ROSA.	*D.ª Manuela Ponce de Leon.*
DOÑA VICENTA. . . .	*D.ª María Bardan.*
DON CASIMIRO. . . .	*D. Joaquin Vidales.*
EDUARDO.	*D. Federico Blasco.*
DON PRUDENCIO. . . .	*D. José Aznar.*
SERAFIN.	*D. Ramon Benedí.*



La accion en Madrid, año 185...



A MI AMIGO

EL MAESTRO

DON JOSÉ ROGEL.

QUERIDO *Pepe: lo único bueno de esta farsa es la linda música conque la has adornado. Por ella, y no por el libreto, aplaude el público una y otra noche* Las Garras del diablo, *mal pergeñado juguete, escrito en tan corto número de horas, que á consignarlas aquí se creería petulancia. A tu talento debo, pues, la salvacion de este hijo defectuoso. Justo es que lo apadrines y recibas como una prueba del cariño que guarda para tí el corazon de tu amigo*

ENRIQUE.

Madrid 12 de Noviembre de 1856.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada: puertas laterales á la izquierda. Balcon practicable á la derecha. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VICENTA, *ocupada en registrar el cajon de la consola.* ROSA, *junto al balcon.*

Rosa. Calla! Pues es capaz de haberse creido... Sí, me hace señas... ja! ja! ja! qué original!

Vicenta. (*Cerrando el cajon y dirigiéndose á Rosa.*) A qué viene ahora esa risa intempestiva?

Rosa. Ja! ja! parece una figura de movimiento.

Vicenta. Pero quién?

Rosa. Serafinito, el hijo del tendero de enfrente, que apenas me ve asomada al balcon, empieza á hacer unos visages tan estrambóticos, que toda la gente se queda parada mirándole...

Vicenta. Conque es decir que tambien te hace el amor?

Rosa. Eso no es hacer el amor, es hacer el oso. Poco se le parece á Eduardo.

Vicenta. Qué tendrá Eduardo feo para tí?

Rosa. Pues qué, no te gusta á tí? Es buen mozo, fino, elegante, con talento, y que me quiere mucho.

Vicenta. Echa, echa.

Rosa. No es verdad todo lo que digo?

Vicenta. Sí, hija mia, sí: ya sabes que le quiero, y una prueba de ello es que permito que venga á verte; yo sé que le amas, y solo ambiciono verte feliz.

Rosa. Mira, eso te vale un beso en mitad de esa boca, que tan buenas cosas dice.
Vicenta. Vamos, zalamera.
Rosa. Pero ahora siento haberte besado.
Vicenta. Y por qué, picarilla?
Rosa. Porque me tienes muy enfadada.
Vicenta. Sepamos el motivo, y buscaré el modo de alcanzar el perdon.
Rosa. El amor que le profeso á Eduardo es un secreto para padre.
Vicenta. Y qué importa? ya se lo diremos cuando convenga.
Rosa. Sí, pero entre tanto, quiere casarme con un viejo, que maldita la falta que me hace.
Vicenta. Tienes razon, hija mia. Se ha empeñado en que contraigas matrimonio con su amigo don Casimiro...
Rosa. Don Casimiro! bonito nombre! Y no es solo eso. Qué tengo yo que ver conque hayan sido amigos de la niñez?... eso es querer sacrificar á los hijos.
Vicenta. Hija mia, como es tan rico...
Rosa. Sí, pero en cambio es viejo, calvo, feo, receloso, estúpido, en fin, un paleto vestido de señor, que quiere casarse conmigo para llevarme á la Hosa, pueblo de la Mancha, en donde solo se crian berros y mosquitos. Oh! te aseguro á que si me caso con él, me muero antes de quince dias.
Vicenta. No lo quiera Dios; yo hablaré á tu padre, y te prometo que no se realizará ese matrimonio.
Rosa. Bendita seas! Qué, si tengo yo una madrecita, que merece que se la coman á besos.
Vicenta. (Si es tan mona! No, yo sabré evitarlo.)
Rosa. Es verdad que Eduardo no es muy rico, pero es abogado, y mañana... y además, tú ya sabes que yo me contento con poco... apenas cómo nada. (*Con mucho candor.*)
Vicenta. Ja! ja! eres una loca! yo soy rica... para quién es lo que tengo?
Rosa. Para mí... y para Eduardo, no es verdad? (*Se oye raido en la escalera.*)
Vicenta. Ya están ahí los dos amigos.
Rosa. Pues dame un beso, y adios.

Vicenta. Por qué te vas?
Rosa. Ahórrame una entrevista con el manchego.
Vicenta. Anda, picarilla.
Rosa. Si vendrá hoy Eduardo! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA II.

DOÑA VICENTA. DON PRUDENCIO. DON CASIMIRO.

(*El trage de don Casimiro debe ser algo exagerado, como asímismo el ramo que trae en la mano.*)

Vicenta. Hace lo que quiere de mí. La quiero tanto!
Casimiro. Jesus! Jesus! y qué cambiado está Madrid. Hola! (*Dándole una palmada en el hombro á doña Vicenta.*)
Vicenta. (Habrá cafre!)
Casimiro. Cómo sigue mi suegra?
Vicenta. Así, así: y usted?
Casimiro. Vamos tirando.
Vicenta. (De un carro.)
Prudencio. Y qué te ha parecido el Teatro Real? La Plaza de Oriente...
Casimiro. Hombre, aquellos portátiles son magnos, sobre todo los monigotes de la fachada.
Vicenta. (Qué bárbaro!)
Prudencio. (Vamos, este es el yerno que me conviene; se dejará gobernar por mí.) Y el café del Iris?
Casimiro. Cá! Si de pronto plantáran en mitad del café al tio Zumaque y le cogia algo. Pues y el lujo! Jesus, y cuánta maledicencia en los trages! Cuando te digo que aun estoy amodorrado... Hombre, lo que no ha cambiado nada son los aguadores. Pero usted no dice nada.
Vicenta. Lo estoy oyendo á usted.
Casimiro. (Sabes que me parece que no le peto á tu mujer?)
Prudencio. Mi mujer! Y quién hace caso de mi mujer?
Casimiro. Eso es verdad; las mujeres... y qué bien conocidas las tenia el tio Cachorro! Casimiro, no te cases, me decia, porque las mujeres son como las mulas de reata, que en no dejándolas ir por donde quie-

ren, te largan un par de coces que te perniquiebran.
Prudencio. Ja! ja!
Vicenta. (No se puede oir á este mameluco.) Ustedes tendrán que hablar, y...
Casimiro. No; por eso no se vaya. Delante de los viejos se puede decir todo, hasta...
Vicenta. (Hipopótamo!) Es que tengo que disponer la cena, y...
Casimiro. Eso es otra cosa.
Vicenta. Hasta luego. (Es un beduino.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PRUDENCIO. DON CASIMIRO.

Casimiro. No hemos visto á mi futura! Se esconde de mí?
Prudencio. No, hombre, no, estará ocupada. Mira, yo voy á llamarla, y tú le regalas ese ramo que hemos comprado. A las chicuelas es preciso halagarlas.
Casimiro. Y tú crees que apechugará conmigo sin levantarse á mayores?
Prudencio. Si es una malva! Cuando yo te digo que serás feliz...
Casimiro. No sea que despues se me engatuse con algun mozalvete del pueblo, y...
Prudencio. Es mi hija, y sabe lo que debe hacer una niña honrada.
Casimiro. Bueno, hombre, bueno; yo lo digo, porque sentiria mucho descalabrarla de un garrotazo, porque á la verdad, esa chicuela me ha petado, y estoy por decir que desde que la quiero he perdido carnes.
Prudencio. Aprensiones.
Casimiro. No, Prudencio, el amor es un sinapismo que va consumiéndonos sin levantar vejiga, y sino, dígalo la chica del tio Cuarenta y once, que se enamoricó del barbero, y se fué quedando como una navaja de afeitar, hasta que un dia dijo: «no puedo mas!» y torció el cuello.
Prudencio. Pues yo creo que no llegará á ese estremo.
Casimiro. Dios te oiga.
Prudencio. Voy á llamarla. Tú le dás el ramo; procu-

ra hacerlo lo mejor que puedas; ella es algo aficionada á la poesía, y es preciso que tú te muestres amable con ella.

Casimiro. Pues si siempre que la miro pongo unos ojos de carnero degollado...

Prudencio. Pero es preciso que comprendas que como estas niñas de hoy dia reciben una educacion esmerada, les gusta oir frases escogidas, y tú eres tan á la pata la llana, que es por demás.

Casimiro. Pues mira, lo que es á haber leido no me ganan, porque yo me sé de memoria Sebastiana del Castillo, Pierres y Magalona, y el Bertoldo.

Prudencio. Yo espero que con el tiempo seais un modelo de esposos. Tú eres mi primer amigo, y pues el cielo ha hecho que permanezcas soltero, es preciso que te cases con ella.

Casimiro. Ese es mi deseo... pero me parece que no me quiere, y eso que yo en cuanto la miro empiezo á sentir en la tabla del pecho unos arañazos...

Prudencio. El amor es una cosa que va entrando poco á poco; el trato engendra cariño. Tú le hablas al alma, y verás, verás.

Casimiro. Haré lo que pueda.

Prudencio. Voy á llamarla, á ver cómo te portas.

Casimiro. Pierde cuidado! Yo procuraré recordar las frases mas rimbombantes que he leido, porque eso sí, lo que es memoria... pues si cuando quieren recordar una frase estraña, todos recurren á mí.

Prudencio. Rosa, Rosita... Las flores tienen cierto influjo sobre las jóvenes, que muchas veces por una simple rosa se alcanza un sí.

ESCENA IV.

DICHÓS. ROSA.

Casimiro. (Ahí está.)

Rosa. (*Saludando á don Casimiro, y luego dirigiéndose á su padre.*) Me llamabas, papá?

Prudencio. Sí, pichoncita mia, sí; este caballero, es decir, tu futuro esposo... quiere hacerte un regalo.

Rosa. Tanto favor... Usted es muy galante.

Casimiro. (*Presentando el ramo.*) Sí, vuestro futuro Febo, digo, Marte, que viene en alas de la penumbra dedálica, á depositar en esas acústicas manos este ramo insurto, pregonero de la falange ebúrnea... digo, de la llama cinábrica que aletea en mi cuadrilátero corazon. (*Rosa procura contener la risa desde el principio de la relacion de don Casimiro.*)
Prudencio. Hombre, basta por Dios.
Casimiro. Qué?
Rosa. Ja! ja! ja! Gracias, caballero. (*Toma el ramo.*)
Prudencio. Te has elevado tanto... que...
Casimiro. Pues yo creo que ha hecho su efecto... mírala... mira cómo se ríe... ja! ja! Hum! bendita seas!
Prudencio. (Calla.) Hija mia, desde hoy procura corresponder á la pasion que le has inspirado á este jóven.
Rosa. (Qué sacrilegio! Si tiene lo menos medio siglo!)
Casimiro. Yo por mi parte haré todos lós imposiblés!
Prudencio. (Calla!) Pues tanto por ser nuestro huésped, como por estar destinado á llamarse algun dia tu esposo, te debe merecer ciertas consideraciones.
Rosa. Mi único deseo es complacerte.
Prudencio. (*A don Casimiro.*) Lo oyes?
Casimiro. Pues entonces nos podemos casar cuanto mas pronto mejor; porque á mí me urge. Ogaño está todo como órgano de Móstoles, y como dice el refran, el ojo del amo engorda al caballo, y mas hace el que puede que el que quiere, y los duelos con pan son menos. Pero al fin y al postre, y además...
Prudencio. Sí, hombre.
Rosa. Oh! Papá, deje usted que se esplique este caballero; es tan agradable su conversacion...
Casimiro. (*A don Prudencio.*) Tú, ves cómo le gusta mi modo de hablar?
Prudencio. (*Ap.*) (Qué salvage!)
Casimiro. (*A don Prudencio.*) Yo creo que la he engarruchado.
Prudencio. (Si no me lo llevo, lo hecha á perder.) Vamos á ver lo que hace Vicenta.
Casimiro. Vamos. Conque adios, y mandar.
Rosa. Beso á usted la mano.
Casimiro. (*Al irse, haciendo un gesto ridículo.*) Hum!

y qué hermosa que te ha criado el Todopoderoso! (*Vanse por la izquierda don Prudencio y don Casimiro.*)

ESCENA V.

ROSA, *con un ramo en la mano.*

Ja! ja! ja! El bueno del manchego es todo lo estúpido que se puede ser. Y que se empeñe papá en que me case con semejante hombre? Oh! eso es imposible, de todo punto imposible!... Pero, y este ramo? Dios mio! Si viniese Eduardo y me viese con él, tal vez creería que yo... El caso es que no sé qué hacer. Le arrojo, ó le guardo?

Música.

ROMANZA.

Pobres flores, pobres flores,
emblema de los amores
de un sesenton,
que segun la fama cuenta
tiene de renta
mas de un millon.
Las peluconas
del viejo cerril
á mi papita
le hacen tilin.
Y á mí los ojos
del jóven galan,
aquí en el pecho
me hacen talan.
Entre el tilin,
entre el talan,
corazon mio,
quién vencerá?...
No es dudosa la eleccion;
vayan las flores
por el balcon.

(*Rosa corre al balcon y arroja el ramo á la calle. En este momento aparece Eduardo por el foro, y se di-*

rige precipitadamente al balcon, de modo que el público conozca que ha visto lo que Rosa tiró á la calle.)

ESCENA VI.

ROSA. EDUARDO.

Rosa. (*Sorprendida.*) Ah! me ha visto!
Eduardo. A punto ha estado el galan para coger las flores.
Rosa. Qué dice usted?
Eduardo. Digo, señorita, que con ese ramo tambien ha tirado usted á la calle mi amor.
Rosa. Usted se equivoca; su amor de usted está aquí, (*Señala el corazon.*) y no merezco por cierto esa reconvencion.
Eduardo. Negará usted que el venturoso galan estaba esperando...
Rosa. Es usted muy mal pensado, y por lo mismo no quiero darte ninguna esplicacion. (*Desde este momento debe llevarse la escena mas viva, de modo que vaya creciendo hasta la entrada del duo.*)
Eduardo. Y hará usted bien; yo tampoco las necesito.
Rosa. Que no las necesitas?... (Traidor! falso! perjuro!!) (*Rompiendo los papeles que habrá sobre la mesa.*)
Eduardo. Venia á ver á su mamá de usted.
Rosa. Conque no venia usted por mí?
Eduardo. (*Riendo.*) No señora. (*Sentándose.*)
Rosa. Pues bien, mejor. (*Volviendo la espalda.*)
Eduardo. (Reniego!...)
Rosa. No piense usted que por eso me enfado.
Eduardo. Ni yo tampoco. (*Dando vueltas al sombrero con rabia.*)
Rosa. Pues bien!
Eduardo. Pues rebien!
Rosa. Qué!... si estoy contenta! (*Llorando.*)
Eduardo. Y yo rabio de felicidad.
Rosa. Y en prueba de ello, voy á ponerme á cantar.
Edurdo. Y yo tambien.
Rosa. Ham! ya me tragué un pan!
Eduardo. Hom! me comí un capon! (*Se levantan los dos, y quedan dándose la espalda.*)

Música.

DUO.

Eduardo. No viene la ingrata?
Rosa. No viene el cruel?
Eduardo. Yo estallo!
Rosa. Yo muero!
Eduardo. Egem!
Rosa. Egem!
(*Se vuelven los dos de frente.*)
Los dos. Qué se le ofrece á usted?
Eduardo. Yo no fuí.
Rosa. Usted fué.
Eduardo. No fuí yo.
Rosa. Sí fué usted.
Eduardo. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.
Reir es lo mejor!
Rosa. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.
Reiremos, sí señor!...
Eduardo. Falsa! Falsa!
Rosa. Ingrato!... (*Llorando.*)
Eduardo. Y llora?...
(*Se acerca y le coge la mano.*)
Perdon, perdon, perdon!
Rosa. Al que duda de mí
si no tiene razon,
de rodillas aquí
ha de implorar perdon...
Eduardo. Sin razon te ofendí
al dudar de tu amor.
De rodillas aquí
yo te imploro perdon.
Rosa. Eduardo! Eduardo!
Eduardo. Te adoro!
Rosa. Seré yo tu Angélica.
Eduardo. Seré tu Medoro.
Eduardo. } Jamás, bien mio,
Rosa. } dudes de mí,
porque tu imágen
la tengo aquí.
Nunca los celos

tornen á herir
con sus sospechas
mi amor sin fin.

(*Eduardo, al concluir el duo, besa la mano á Rosa, á cuyo tiempo aparece por el foro Serafin, con el ramo de flores en la mano, y don Casimiro, por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON CASIMIRO. SERAFIN.

Serafin. Qué atrevido!
Casimiro. (*Ap.*) (Canastos!... Besuca! besuca!)
Rosa. (*Viendo á don Casimiro.*) Ay!
Eduardo. (*Disimulando, y á Rosa.*) Dígale usted á su mamá que la espero.
Rosa. (*Ap.*) Adios. (*Rosa vase por el foro izquierda, y Eduardo se sienta y coge un periódico. Serafin entra en la escena y se dirige á don Casimiro, y quedan apartados de Eduardo.*)
Casimiro. Y su padre, que me decia... No, no, arre allá.
Serafin. Caballero, no es verdad que ese jóven es algo inmoral?
Casimiro. Eh? (*Viendo el ramo que trae Serafin en la mano.*) (Calle! ese es mi ramo!)
Serafin. Supongo que usted habrá visto... lo de el... (*Hace como que dá un beso.*)
Casimiro. Demasiado, señor de... cómo?
Serafin. Serafinito, para servir á Dios y á usted.
Casimiro. (No me cabe duda, engatusa á los dos. Horror!)
Serafin. Si es cosa que me indigna, que me sulfura.
Eduardo. (*Ap.*) (Será el manchego?)
Serafin. Y qué desengaños nos llevamos á lo mejor los hombres, señor don... la gracia de usted?
Casimiro. Mi gracia?... Yo no tengo gracia ninguna.
Serafin. Digo, su nombre de usted?
Casimiro. Ah!... Casimiro Robles.
Serafin. Pues bien, señor de Robles, confiese usted que mi rival está muy mal educado.

Casimiro. Calle! Conque usted tambien le hace corroclocos.

Serafin. Sí señor; pero los malditos gallos siempre se complacen en ahogar en flor las pasiones de los pollos. Bien podia el gobierno evitar esas cosas; no es verdad, señor don...

Casimiro. Casimiro Robles, y van dos.

Eduardo. Ja! ja!

Casimiro. Eh!

Serafin. Ah!

Eduardo. Decian ustedes...

Casimiro. Nada.

Serafin. Servidor de usted, caballero.

Eduardo. Salud, pollo.

Serafin. Qué insolente! Me llama pollo! Que no haya por aquí un agente de policía!

Casimiro. Mire usted, me parece que se está burlando de su gallega de usted.

Serafin. Burlándose?

Casimiro. (Si yo pudiese lograr que se diesen de cachetes...) Conque usted tambien... le hace arrumacos á la chicuela?

Serafin. Toma, toma! Pues si lo sabe toda la vecindad.

Casimiro. Sí?

Eduardo. Con estos rivales, la victoria no es dificil.

Serafin. Soy un calavera. Mi padre siempre me dice: «Serafin, á tí te va á pasar algo;» pero á mí... quiá! soy muy cuco, muy largo...

Casimiro. Y quién es el padre de usted?

Serafin. El de la lonja de enfrente.

Casimiro. Ah!!

Serafin. Si viera usted, esa chica me ha inspirado un amor de sesenta grados. Así es que estoy las horas muertas en el portal de mi casa con los ojos fijos en los cristales de su balcon. Cuando veo su carita de rosa detrás de los visillos, mi corazon empieza á hacer tipití, tipitá! que traducido al castellano quiere decir «ahí está.» Si se asoma al balcon, entonces es otra cosa; mi sensible pecho se agita como una locomotora, y el tic, tac, quiere decir: «Me gusta mucho.» Y si por ventura me mira y se sonríe con aquella boquita de piñon, de una legua se oye el run,

run, que quiere decir: «*Acúdeme, valor, brotó la llama.*»

Casimiro. (Estoy por encajarle un zarpazo.)

Serafin. Y no es eso lo peor, sino que embebido con el recuerdo de mi Filis, cometo mil disparates. «Dos cuartos de almidon...» yo... pam! un cuarteron de macarrones... ya ve usted! un hombre con amor está exento de sentido comun.

Eduardo. Ya me voy impacientando.

Casimiro. Y Rosita corresponde?...

Serafin. Uf! lo tengo muy adelantado.

Casimiro. (Guarda, Pablo.) Sí, eh?...

Serafin. Aquí para inter nos, tengo el terreno descubierto. (*Don Casimiro le conduce á un lado del proscenio, y mientras le sujeta con la una mano, con la otra le amenaza sin que Serafin lo vea.*)

Casimiro. Conque usted ha descubierto...

Serafin. Sí.

Casimiro. Y qué ha visto usted?

Serafin. He visto... que ella no es de cal y canto.

Casimiro. Ah!

Serafin. Me ha tirado este ramo.

Casimiro. Oh!

Serafin. Y cierta aventurilla...

Casimiro. Eh!... (Alerta, Casimiro.)

Serafin. La hará decidirse.

Casimiro. (Malo, malo.)

Serafin. Las mujeres son como las castañas, cuanto mas se cuecen, mas blandas.

Casimiro. (Ya no me caso.)

Serafin. Yo soy muy calavera.

Casimiro. Me parece que se está burlando de usted aquel jóven. (*Eduardo se ríe.*)

Serafin. Creo que sí.

Casimiro. Oiga usted un consejo. Si quiere llevarse á la chica, debe usted armar camorra con ese rival.

Serafin. Pero y si es de armas tomar?

Casimiro. Le asusta la sangre. Me consta.

Serafin. Pues mire usted qué casualidad! A mí me sucede lo mismo.

Casimiro. Pecho al agua.

Serafin. Pero...

Casimiro. Garrotazo y tente tieso.
Serafin. Pero usted me asegura que no corro peligro?
Casimiro. Dé usted primero, y nada tema. Yo estoy aquí, y...
Serafin. Tiene usted razon. Un rasgo... á lo Cid... y ella es mia.
Casimiro. Eso, eso. (Avisaré á mi suegro.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO. SERAFIN.

Eduardo. (Y no se marcha!)
Serafin. (Valor! ay! por dónde empezaré... mis piernas parecen un palillo de barquillero.)
Eduardo. (Tentado estoy... no, contengamos...)
Serafin. Caballero...
Eduardo. (*Levantándose.*) Señor mio...
Serafin. Usted es... pero... yo... no soy...
Eduardo. Ja! ja! qué le pasa á usted? Tiene usted el baile de San Vito?
Serafin. Señor mio, usted ha besado la mano de la Rosita... yo necesito los labios de usted.
Eduardo. (*Cogiéndole por el cuello.*) Insolente!
Serafin. Ay! Ay! Ay!
Eduardo. Silencio! (*Le suelta y se dirige á la puerta de la izquierda. Serafin va á caer junto á una mesa; al mismo tiempo salen don Prudencio y don Casimiro. Serafin al verles se esconde bajo de la mesa, de modo que al volverse Eduardo no le encuentra.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DON PRUDENCIO. DON CASIMIRO.

Prudencio. Qué escándalo es este?
Eduardo. (Don Prudencio... malo!...)
Casimiro. Adónde estará el otro?...
Serafin. (El papá!... Creo en Dios Padre...) (*Asomando la cabeza por debajo del tapete.*)
Prudencio. Caballero! De ese modo falta usted al respeto que se debe á una casa como la mia?

Casimiro. (Chúpate esa.)
Eduardo. Repare usted que... (Si cojo al pollo...)
Serafin. (Su único Hijo!)
Prudencio. Por esa puerta se va á la calle.
Casimiro. (Toma castañas.)
Eduardo. Me despide usted!...
Casimiro. Pues no puede ser mas claro.
Eduardo. A usted no le dán vela en este entierro.
Casimiro. Pues yo me la tomo.
Eduardo. Usted es un insolente.
Prudencio. Silencio!...
Serafin. (Y resucitó de entre los muertos.)
Eduardo. Está bien, me marcho. (Me ahoga la rabia!)
Prudencio. En cuanto á la niña, sepa usted que este caballero se llamará en breve su esposo.
Casimiro. Sí señor. (Rabia, lechuguino.)
Eduardo. Despues de lo que he oido, sé lo que me toca. Beso á usted la mano.
Prudencio. Repito lo mismo.
Casimiro. Y yo lo mesmo.
Eduardo. (Oh! la veré, la veré esta noche. (*Vase por el foro*.)

ESCENA X.

DICHOS, *menos* EDUARDO.

Prudencio. Qué te parece? me he portado! pero qué diablo buscas?... (*Don Casimiro dá vueltas por el teatro como buscando algo*.)
Casimiro. Al otro.
Prudencio. A qué otro?
Casimiro. Al otro novio; al hombre comino...
Prudencio. Casimiro! Creo que los celos trastornan tu cabeza.
Casimiro. Si sabré yo lo que me digo? Eran dos; el uno le besó la mano, y el otro tenia mi ramo.
Prudencio. Eso es imposible! Conozco á la niña, y sé que te ama.
Casimiro. Prudencio!... Esa no cuela.
Prudencio. Esa duda me incomoda.
Casimiro. Mira que las mujeres son el demonio!... aquí para inter nos, creo que el talegon de tu mujer...

Prudencio. Eh!...
Casimiro. Tiene la culpa de todo.
Serafin. (Daría veinte cuartos por hallarme vendiendo mecarrones.)
Prudencio. Pues no faltaba otra cosa que Vicenta apadrinára á esa rapazuela! (*Se sienta junto á la mesa.*)
Casimiro. Nada, nada, palo seco con todas.
Prudencio. Oh! yo te prometo que he de portarme como un Neron. Sí, es preciso que el principio de autoridad se restablezca en esta casa. Quiero ser rey absoluto, y lo seré. (*Le dá con el talon á un taburete que está junto á la mesa, el cual choca con la cara de Serafin.*)
Serafin. Ay! ay!...
Prudencio. } *Casimiro.* } Qué!... (*Mirándose asombrados, y reconociendo la escena con miedo.*)
Prudencio. Aquí pasa algo; yo he oido una voz humana.
Casimiro. Yo tambien. (*Don Prudencio señalando la mesa.*)
Prudencio. Calla!... Esto es una bota. (*Serafin se acurruca todo lo que puede, y saca la cabeza por el otro estremo de la mesa.*)
Casimiro. A ver!... yo no veo nada!
Serafin. (Quisiera evaporarme!)
Prudencio. Oh! no, no me cabe duda: yo he visto una bota.
Casimiro. Calla! Pues yo veo una gorra.
Prudencio. Hola! hola!...
Casimiro. Qué?
Prudencio. Que no me he engañado; es una bota unida á una pierna.
Casimiro. El de el ramo!... (*Tirando de la pierna, sacan á Serafin medio á rastras.*)
Serafin. Ay! ay! Cuidado mi pierna.
Prudencio. Adónde hay un palo?
Serafin. Perdon, papá suegro. (*Arrodillándose.*)
Casimiro. Conque perdon?
Prudencio. Y qué hacia usted debajo de la mesa?
Serafin. Rezaba el Credo.
Casimiro. Pues pronto, llegue usted al *su único Hijo*, que voy á deslomarle.

Serafin. Detenga usted á ese hombre, que no haga una barbaridad.
Prudencio. Casimiro, deja que se esplique este niño.
Casimiro. Eso es lo que quiero.
Serafin. Pues sepa usted que yo adoro á Rosita, que la amo, y si usted consiente en darme su mano... mi papá no es ningun pelagatos, me pondrá una tienda, y podremos ser felices; á mas, tengo dos cuartos de accion en la mina *Falta-poco y nunca-llego*, y en recaudando los minerales que hay cortados, le compraré coche, y para mí, caballo inglés.
Prudencio. Ja! ja! Ríete, hombre, ríete.
Casimiro. Sí, ríe, ríe; pero el caso es que tu chica le ha regalado el ramo que yo le dí.
Serafin. Oh dicha! Conque le ha despreciado á usted por mí?
Casimiro. Si no cierra la boca... (*Amenazándole.*)
Serafin. Jesus qué hombre!...
Prudencio. Caballerito, como vuelva usted á mirar á Rosa, le saco los ojos.
Serafin. Inhumano!
Casimiro. Yo le desnalgo de una coz.
Serafin. Qué cerril!
Prudencio. Conque lo dicho...
Serafin. Ya, ya...
Casimiro. Mucha memoria.
Serafin. Bien.
Prudencio. Pues de lo contrario...
Serafin. Dios mio, qué ojos!...
Casimiro. A la primera, pam! (*Dándole en el hombro.*)
Serafin. Uy!...
Prudencio. En cuanto la mires, pum!
Serafin. Ay! (*Cae sobre una butaca.*)
Prudencio. Se ha desmayado?
Casimiro. Mírale el ojo, no sea que haya muerto.
Serafin. Yo soy cadáver.
Prudencio. Hombre, tú crees... (*Asustado y arrimándose á don Casimiro.*)
Casimiro. (Lo que es la puñada ha sido de ley, y como él es tan enclenque...)
Prudencio. No se mueve!

Casimiro. Lo mejor será aplicarle la luz á las narices, y... (*Se dirigen los dos á por la luz.*)
Prudencio. Tienes razon.
Serafin. Verdugos! fuego! fuego!... (*Desaparece por el foro.*)
Casimiro. Ja! ja! ja!...
Prudencio. Ah bribon! Conque estás vivo?

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA VICENTA. ROSA.

Vicenta. Qué voces son estas?...
Prudencio. Déjame.
Rosa. Pero qué ocurre, papá?
Casimiro. Duro con ella.
Prudencio. Señora, usted es... (tente, lengua!)
Vicenta. Vamos, acaba.
Prudencio. Hay moros en la costa.
Rosa. Qué será esto?
Vicenta. Vamos, qué bicho te ha picado para poner esa cara de vinagre?
Prudencio. Véngase usted ahora con pullitas.
Casimiro. Gorrotazo, garrotazo.
Prudencio. (Calla.) Doña Vicenta, usted es un inconveniente, usted es un... (mejor es callar.)
Vicenta. Señor don Prudencio, usted es un imbécil.
Prudencio. Vicenta, Vicenta, mira que si reviento...
Vicenta. Revienta, hijo, revienta!...
Casimiro. (Ahora se pegan.)
Rosa. Pero papá...
Prudencio. Conque dos amantes?
Vicenta. Cómo!
Rosa. Qué?
Prudencio. Silencio! A tu cuarto.
Rosa. Eso es una crueldad.
Casimiro. Señores, buenas noches. (Allá se las compongan.) (*Vase.*)
Vicenta. Esplícate de una vez, ó nos oirán los sordos.
Prudencio. Vete, niña, vete; necesito hablar con tu madre.
Rosa. Obedezco. (Qué es esto?)

ESCENA XII.

DOÑA VICENTA. DON PRUDENCIO.

(*Esta escena debe llevarse con mucha viveza, y los actores deben hacerla todo lo mas levantada posible en la parte de la mímica.*)

Prudencio. Señora, eran dos.
Vicenta. Las hijas de Elena.
Prudencio. Y canta usted?
Vicenta. Pues no he de cantar, si está tocando el violon?
Prudencio. Esto no se puede tolerar.
Vicenta. Pero sepamos, qué pasa aquí?
Prudencio. Que me has perdido á la niña, que tiene dos amantes, y que no quiero que se case con ninguno de ellos, y por lo mismo la caso mañana con mi amigo Casimiro.
Vicenta. Has acabado?
Prudencio. Sí.
Vicenta. Pues yo, que soy su madre, no quiero sacrificar á mi hija.
Prudencio. Vicenta!...
Vicenta. No quiero que muera tísica á los cuatro dias al lado de ese zopenco: y en cuanto á lo de los dos amantes, te diré que Rosa solamente ama á don Eduardo, y ese jóven es mas digno de su mano que no el Nabucodonosor de don Casimiro. He dicho.
Prudencio. Quién manda aquí?

Música.

DUO.

Vicenta. Yo!...
Prudencio. Tú?
Vicenta. Yo!!
Prudencio. (*Levantando los puños sobre su cabeza y avalanzándose á su esposa.*)
Hum!!!
(*Conteniéndose y cogiendo la luz, se dirige por segunda vez á su mujer, á la cual le dice con aspereza:*)
Buenas noches.

Vicenta. (*Haciéndole una mueca.*) Señor don Simon.
(*Coge la otra luz. Don Prudencio se detiene, la mira con rabia, y dejando el candelero sobre la mesa, se dirige hácia ella, y le dice:*)

Prudencio. Si á ese novel amante
hallo otra vez aquí,
te advierto que esta casa
será otro San Quintin!...

Vicenta. No esperes que á mi Rosa
entregue á ese animal,
que solo se merece
la burra de Balan.
Eh! Eh! (*Burlándose.*)

Prudencio. Quién manda en esta casa?

Vicenta. Uh! uh!
Quién manda? Solo yo.

Prudencio. Yo el amo soy, señora.

Vicenta. Yo el ama soy, señor.

Prudencio. O callas, ó la víctima
primera serás tú.

Vicenta. Turú, turú.
Turú, turú.

Prudencio. Se burla usted de mí?

Vicenta. Tiriririrí.

Prudencio. La voy á estrangular!!

Vicenta. Ta, ra, ra, ra, ra.

Prudencio. Señora, que me irrito!!!

Vicenta. Pobre negrito,
qué triste está.

Prudencio. Silencio! Silencio!!

Vicenta. No quiero callar.

Prudencio. No me alces el gallo,
no me alces la voz,
ó toda la casa
va por el balcon.

Vicenta. A mí no me asusta
tu gesto feroz:
no me alces el gallo,
no me alces la voz.

Prudencio. Buenas noches.
(*Coge la luz, saluda, y se va.*)

Vicenta. Señor don Simon! (*Idem.*)

ESCENA XIII.

El teatro queda un momento solo y oscuro. ROSA, *con una luz.*

Rosa. Ya se fueron... Ay! Al verles tan enfadados, ni me atrevia á entrar el canario del balcon; el pobrecito estará muerto de frio. Vamos á descolgarle: hijito mio, y qué acurrucadito está. No puedo comprender el enojo de mi padre; habrá sabido... sea lo que fuere, tengo confianza en que mi mamita me sacará de este apuro. Vamos á dormir: qué digo!... á pensar en mi Eduardo.

ESCENA XIV.

ROSA. EDUARDO, *por el balcon.*

Eduardo. Es preciso que la vea. Oh! es ella! chist!
Rosa. Ah! (*Quedando inmóvil.*)
Eduardo. Chits...
Rosa. Creo que me llaman.
Eduardo. Rosa, soy yo, no tengas miedo.
Rosa. Eduardo, será cierto?
Eduardo. Sí, dueño mio; no he podido resistir al deseo de terminar esta duda que me atormentaba.
Rosa. Dios mio! si saliese papá... Vete, vete...
Eduardo. Solo una palabra que me tranquilice, y bajo por donde he subido.
Rosa. Vamos, despacha.
Eduardo. Tu padre me ha despedido, y necesito saber si tendrás valor para negarte al casamiento que te proponen.
Rosa. Yo cumplo siempre lo prometido; tuya es mi mano como lo es mi corazon.
Eduardo. Bendita sea esa boca.
Rosa. Ahora vete.
Eduardo. Sí, me voy, me voy á pensar en la felicidad que tus palabras derraman en mi pecho.
Rosa. (Acabemos.) Adios. (*Vase con la luz por la izquierda.*)

ESCENA XV.

EDUARDO.

Rosa, Rosita! si al menos me hubiese dejado la luz... Dónde diablos estará el balcon?

ESCENA XVI.

EDUARDO *va recorriendo el teatro hasta quedarse junto á la puerta de don Casimiro. En este momento asoma la cabeza por el balcon* SERAFIN.

Serafin. La aventura es algo arriesgada; pero no hallo otro medio: me pilla el padre, se arma un escándalo, y nos casan.

Eduardo. Me he desorientado.

Serafin. Parece que anda alguno por la sala.

Eduardo. Esto es un compromiso.

Serafin. Diosa de los amores, haz que los ojos de mi corazon me guien al cuarto de mi Clóris. (*En este momento Eduardo y Serafin se hallan junto á la puerta del cuarto de don Casimiro. Este sale con una luz en la mano.*)

ESCENA XVII.

EDUARDO. SERAFIN. DON CASIMIRO.

Casimiro. Creí haber oido...

Eduardo. Un hombre! (*Le apaga la luz y le coge por un brazo.*)

Serafin. Dos hombres! (*Eduardo coge del otro brazo á Serafin, les arrastra bruscamente hasta el sofá, en el cual caen los dos. Eduardo se queda de pié detrás de él, les tapa la boca, y les sujeta contra el respaldo, de modo que no puedan hablar. Don Casimiro y Serafin procuran desasirse haciendo todos los movimientos mas convenientes para la situacion.*)

Música.

TERCETO.

Casimiro. Soco...

Serafin. Favo...

Eduardo. (*Tapándoles las bocas y tirándoles en el sofá.*)

Callad!
Si aquí al terror no apelo
perdido soy.
Yo soy un alma en pena
que vengo por los dos.
Dejemos que respiren.

Serafin. Ham!...

Casimiro. Ham!

Eduardo. Chiton!
Adónde, Dios benéfico,
adónde está el balcon?
No sea que se ahoguen...
(*Les deja respirar un momento.*)

Casimiro. } *Serafin.* } Ham... ham... hom!

Eduardo. Oh! Suerte mísera!
Perdido estoy!
Se ahogan los prójimos!

Serafin. } *Casimiro.* } Ham... ham... hom!...

Eduardo. Venid, espectros hórridos,
y en rápido turbion
llevaos á los réprobos.
Ruuuuuum pum.
(*Eduardo empuja bruscamente á los dos.*)

Serafin. } *Casimiro.* } Muerto soy!

(*Serafin cae dando traspiés en una butaca. Casimiro en el sofá.*)

Fduardo. Maldito balcon!

Casimiro. Uy! Uy!

Serafin. Ay! Ay!

Eduardo. En aquel cuarto se ve luz; será ella.
(*Se dirige hácia la puerta última de la izquierda.*)

Casimiro. Ya parece que me falta la respiracion.

ESCENA XVIII.

DICHOS. DON PRUDENCIO, *con gorro de dormir, bata, una espada, y luz.*

Casimiro. (*Viendo á don Prudencio.*) Ese debe ser Vulcano!... Uf! no quiero verle. (*Se tapa la cara.*)
Prudencio. Jesus, María y José! (*Eduardo, que estará junto á la puerta por donde sale don Prudencio, le apaga la luz.*)
Eduardo. Este nos faltaba!
Prudencio. Señor ladron, yo soy un padre de familia honrado. (*Sentándose sobre Serafin.*)
Serafin. Ay!...
Prudencio. (*Sin moverse.*) Huy...
Casimiro. Hablan el castellano!...
Prudencio. Yo... me la pa... Ay!...
Casimiro. No, ese debe ser inglés.
Serafin. Señor demonio, que me espachurra usted.
Prudencio. Calla! Me parece que esa voz...
Eduardo. Maldito balcon!
Casimiro. Señor Vulcano! Señor Vulcano!
Prudencio. Es la voz de Casimiro. (*Alto.*) Casimiro!
Casimiro. Ay... Sabe cómo me llamo...
Prudencio. Qué diablos es esto? Si son ladrones, lo mejor es meterles miedo. Roque, Bruno, Jorge!
Casimiro. Calla! y se nombran como por allá!
Prudencio. Socorro!
Serafin. Llegó mi hora! (*Eduardo, al ver salir á doña Vicenta, se esconde en el foro.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DOÑA VICENTA *y* ROSA, *con luz.*

Vicenta. Qué ocurre...
Rosa. Papá...
Prudencio. Ay prendas de mi vida! yo no sé lo que me pasa!
Eduardo. Aquí ardió Troya.
Prudencio. Alumbrad...

Casimiro. Qué veo! Es Prudencio! Yo estoy en babia!
Prudencio. Casimiro! Tú aquí!
Vicenta. } *Rosa.* } Ja, ja, ja...
Casimiro. Pero y los diablos?
Prudencio. Qué diablos?
Casimiro. Los que me llevaban...
Rosa. Dios te oiga!
Prudencio. Tú has perdido el juicio.
Serafin. (No señor, que dice la verdad.)
Rosa. } *Vicenta.* } Serafinito!...
Prudencio. Usted otra vez? Ahora le mato.
Serafin. Defiéndame usted, señorita; diga usted que me ama.
Rosa. A la otra puerta.
Vicenta. Pelele!
Prudencio. Botarate!
Casimiro. Yo estoy en el Limbo.
Serafin. Ilusiones engañosas!
Prudencio. Pero no hay nadie que me esplique...
Eduardo. (*Saliendo por el foro.*) Yo, si usted me promete perdonarme.
Rosa. } *Vicenta.* } *Prudencio.* } Eduardo!...
Eduardo. Sí, el mismo, que al verse despedido tan cruelmente de esta casa, quise saber si podia contar con el amor de Rosa, y cometí la imprudencia de entrar por el balcon; pero usted es bueno, y espero me perdonará: yo adoro á su hija; el amor, pues, sea la disculpa de mi pecado; ahora solo me toca esperar la penitencia.
Rosa. Papá, vamos, qué te cuesta decir que sí?
Vicenta. Prudencio, anda, hijo mio, si se quieren tanto como nosotros allá, por entonces.
Prudencio. Pero y este se ha de quedar á la luna de Valencia? (*A don Casimiro.*)
Casimiro. Yo se la cedo, y me vuelvo á la Hosa.
Prudencio. Hágala usted feliz. (*Pausa.*) Pero y este? (*A Serafin.*) Por dónde ha entrado...
Serafin. Por el balcon: el amor...

Casimiro. Hombre, y el diablo que me tapó la boca con aquellas gorras negras?

Eduardo. Perdone usted, amigo mio, yo buscaba el balcon para escapar, pero usted tuvo la maldita ocurrencia de salir con la luz, y yo... Pam! (*Haciendo la seña de taparle la boca.*)

Música.

Casimiro. Ha!...
Vicenta. Haa!
Todos. Haaa!!
Señores, buenas noches,
la farsa se acabó.
No aplauden? Tramoyista,
abajo ese telon.

FIN DE LA FARSA.

Examinada por el censor de turno, y conforme con su dictámen, puede representarse esta farsa titulada: «*Las garras del diablo.*»=Madrid 3 de Noviembre de 1856.=El Gobernador. *Zaragoza.*


3 0112 115865203